

La región del mariachi no sólo es extensa, sino variada y compleja. Incluye una gran diversidad de situaciones ecológicas y climáticas, desde las marismas, planicies costeras, costas montañosas y zonas desérticas hasta las diversas serranías y sierras, pasando por los valles templados, sin que falten lagunas interiores.

Dentro de la macro-tradición del mariachi existían múltiples variaciones locales con diferentes dotaciones instrumentales, estilos de ejecución y de canto, así como peculiaridades en cuanto a las letras y a la forma de bailar. El conjunto de músicos estaba vinculado a la vida ritual y festiva de su comunidad (en el contexto intercomunal, por supuesto), tocaba básicamente instrumentos de cuerda, con un número reducido de integrantes: un mínimo de dos y un máximo de cinco. Se trataba de una variante peculiar del conjunto novohispano –y “americano”– de arpa - violín (rabel) – vihuela, cuyas piezas eran anónimas, pues pasaban por “la censura de la comunidad” que las gustaba y sus portadores no utilizaban el recurso de la escritura o la notación musical. El mariachi tradicional corresponde a una cultura ágrafa, que no fundamenta su reproducción en sistemas de escritura o notación, por lo que su acervo –tanto musical como letrístico– constituye un patrimonio colectivo y regional.

Se trata de una amplia secuencia progresiva de traducciones y adaptaciones –melódicas, rítmicas, sonoras, letrísticas y danzarias– sin “texto” original. Por supuesto que el sistema global de transformaciones, en un segundo nivel de análisis, incluye inmediatamente las tradiciones musicales del altiplano y de la costa del Golfo de México, así como las de Sudamérica y el Caribe.